

HOMILÍA EN LA PRIMERA MISA SOLEMNE DE D. JOSÉ ANTONIO RIVERA
VALDERRAMA,
Parroquia de Santa María y Santa Bárbara de Écija, 11 de septiembre de 2010

Queridísimo hermano en el sacerdocio José Antonio, queridísimos hermanos y hermanas:

“Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento”.

Al tomar sobre tus pobres manos el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que, tras el milagro de la Consagración, ha dejado de ser simple alimento humano para hacerse Pan del Cielo, prenda de eternidad y Amor de los amores, llorarás de alegría y agradecimiento, querido hermano José Antonio. Es el gran regalo que Dios te ha hecho porque te quiere desde siempre y para siempre. Es la oportunidad de seguir respondiendo a su **llamada a la santidad** poniéndote tú en sus manos como Dios se pondrá cada día en las tuyas para ser Eucaristía y dar la Vida al mundo.

“¡Cuánto se enternece el corazón de un buen sacerdote- afirma San Juan de Ávila, tan vinculado a este Templo y esta Ciudad- cuando, teniendo al Hijo de Dios en sus manos, considera en cuán indignas manos está, comparándose con las manos de Nuestra Señora! Y, cierto, no se pudo hallar espuela que así agujerase e hiciese correr a un sacerdote el camino de la perfección, como ponerle en sus manos al mismo Señor de cielos y tierra que fue puesto en las manos de una doncella en la cual Dios se revió, dotándola y hermoseándola de innumerables virtudes” (S. Juan de Ávila, Tratado del sacerdocio, 21).

El secreto de tu fidelidad y entrega estará, amigo José Antonio, en no dejar que se debilite el Amor primero, en no caer en la rutina que apaga el fuego de la caridad pastoral. Por eso, querido neopresbítero, no te acostumbres nunca a ser sacerdote, no celebres nunca el Sacramento de la Eucaristía, para el cual has sido ordenado, con monotonía, rutina y desinterés, sino contéplalo cada día en tus manos, como estuvo en las de Nuestra Madre, la Virgen, para pedirle, ofrecida en él toda tu vida, la ascensión a los más altos misterios para vivir aquí abajo con verdadera alegría y paz, para alcanzar la bienaventuranza y virtudes de Aquella que es dichosa porque se fió de Dios y ve cumplidas todas las promesas del que es Todopoderoso.

Como nos dijo Monseñor Javier Echevarría, el pasado mes de noviembre, cuando juntos acudimos a su conferencia en Córdoba:

“El sacerdote no debe acostumbrarse a este prodigio de amor que se obra cada día sobre el altar y que perdura en el tabernáculo después de la Misa. Con la ayuda de Dios, ha de observar con mirada siempre nueva lo que conoce con los ojos de la fe, sin cansarse de considerar una vez y otra esta maravilla. Como los niños, de quienes es el Reino de los cielos (cfr. Mt 18, 3-4), gozan de una capacidad de asombro prácticamente ilimitada, así el sacerdote necesita ese sentido de maravilla ante el misterio, fruto de la fe y del amor, para celebrar la Eucaristía y en el curso de la misma celebración. Todos los cristianos han de cultivar ese asombro, pero de modo especial los sacerdotes, a quienes se nos ha concedido la facultad de realizar este grandísimo milagro”.

Y continúa con palabras de San Josemaría:

“La identidad del sacerdote consiste en ser «instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado. Si se comprende esto, si se ha meditado en el activo silencio de la oración, ¿cómo considerar el sacerdocio una renuncia? Es una ganancia que no es posible

calcular. Nuestra Madre Santa María, la más santa de las criaturas —más que Ella sólo Dios— trajo una vez al mundo a Jesús; los sacerdotes lo traen a nuestra tierra, a nuestro cuerpo y a nuestra alma, todos los días: viene Cristo para alimentarnos, para vivificarnos, para ser, ya desde ahora, prenda de la vida futura».

El secreto de la fidelidad que se torna fecundidad es, querido hermano, vivir cada día la celebración de la Santa Misa con la necesidad de ofrecernos con Cristo en el Santo Sacrificio para alimentar al mundo, a la grey que te ha sido confiada. Vivir la Eucaristía diaria para ser Eucaristía para el mundo cada día. Celebrar la Santa Misa como recomendaba Santa Ángela de la Cruz a los sacerdotes: *“Sacerdote de Jesucristo, celebra esta Misa como si fuera tu primera Misa, tú última Misa, tu única Misa”*.

Érase una vez un sacerdote recién ordenado que llegó, allá por los años setenta, a su primer destino pastoral, a ejercer el ministerio como párroco de un pequeño pueblo de su diócesis. Tomó el tren con gran ilusión y entusiasmo. Durante el trayecto iba haciendo planes e imaginándose el gran recibimiento que harían en el pueblo por la llegada del nuevo cura. Contento miraba por la ventanilla los parajes por los que debía llevar a Cristo. Llegó a la estación y en vez de banda de música, aplausos, expectativas y convite encontró a un hombre de unos setenta años serenamente sonriente. Bajó del tren en el solitario apeadero y se acercó al único que apreciaba su llegada. “No mire más a un lado y otro- dijo el caballero-. Sólo estoy yo. Todos tienen cosas más importantes que hacer. Pero, **D. Fulanito, no se acostumbre**”. Lo acercó a la Iglesia. Un templo descuidado, sencillo y pequeño. Entró y vio que todo estaba abandonado y triste. El acompañante lo miró y repitió poniendo sus ojos en un sagrario flanqueado por media docena de rosas de plástico: **“D. Fulanito, no se acostumbre”**. Revisó los libros parroquiales y descubrió la poca actividad sacramental de la Parroquia y, de nuevo, la cantinela del que iba a ser su mano derecha y su apoyo en la labor: **“No se acostumbre”**. Salió a dar un paseo y la indiferencia era la reina de aquel lugar. Miró D. Fulanito al fiel feligrés y se dijo a sí mismo: **“Fulanito, no te acostumbres”**. No te acostumbres nunca, D. José Antonio, a ser sacerdote pues la costumbre mata el ardor apostólico y la fecunda tarea.

Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

Al comienzo de su ministerio petrino, Benedicto XVI indicó su interés por recordar a toda la Iglesia la búsqueda de la santidad y el cumplimiento de la voluntad divina despojándonos de todo poder humano y manifestando la fuerza que viene de lo alto para que Cristo reine en los corazones de todos los hombres de nuestro tiempo. Ante una humanidad que olvida a Dios y que piensa que es un estorbo para la realización humana, el Santo Padre afirmaba:

“El Hijo de Dios no consiente que ocurra esto; no puede abandonar la humanidad a una situación tan miserable. Se alza en pie, abandona la gloria del cielo, para ir en busca de la oveja e ir tras ella, incluso hasta la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas. La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud”.

Los sacerdotes del siglo XXI estamos obligados a tener una fuerte y vibrante vida interior, un vergel de amistad y vivencia del Amor de Cristo, una presencia constante de Dios a lo largo de toda nuestra jornada que nos permite llevar en el corazón y las entrañas todo el Reino de Dios, todo lo que Él es, todo lo que Él nos entrega, y se entrega a sí mismo en Jesucristo. Necesitamos ser *Testigos de lo Sobrenatural* ante un mundo que no ve más allá de sus narices. La caridad de Cristo nos urge a abrir horizontes amplios, espacios limpios y puros donde los hombres, a través del sacerdote, que hace realmente presente a Cristo en los sacramentos, descubra la respuesta de generosidad que conduce a la verdadera libertad que le presenta el infinito y la eternidad del amor para el que ha sido creado, *desde el Principio*, en los providentes planes de salvación de Dios Padre.

Un sacerdote santo, lleva a su comunidad a la santidad. Un sacerdote indiferente, lleva a la sociedad a la indiferencia. Un sacerdote equivocado, lleva a que la sociedad tome caminos equivocados.

Por ello, José Antonio, responde a la frialdad de tantas ovejas desorientadas por las oscuras cañadas de la vida con el celo apostólico y el ímpetu misionero para buscar y acercar al Corazón de Cristo a tantos hombres y mujeres que tienen sed de Dios, hambre de felicidad.

Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento.

¡Qué alegría más grande querido José Antonio! ¡Qué gozo se siente en el fondo del alma cuando nos vemos instrumentos en las manos de Dios para acercar a los hombres a su Divino Corazón, para hacer de puente, para unir y no para dispersar, para perdonar y comprender y no para destruir y hacer estragos. Tu ministerio será el de Cristo si, como Él, te pones con los brazos en Cruz para acoger a todos, los de arriba y los de abajo, los pobres y los ricos, los justos y los injustos, los de izquierdas y los de derechas, los que te caen bien y los que te injurian, los del Betis y los del Sevilla... con los brazos en la cruz para que no se te escape nadie. Y si tienes la tentación de vacilar en tu caridad pastoral que te exige amar a todos, ponte como Cristo unos clavos en las manos. Te dolerá. Seguro. Pero te dará la alegría y la paz de cumplir la voluntad salvífica de Dios Padre que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Nos dice la Carta a los Hebreos:

“Todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y puede compadecerse de los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidad, y a causa de ella debe ofrecer expiación por los pecados, tanto por los del pueblo como por los suyos propios”.

Según Santo Tomás de Aquino:

“El oficio propio del sacerdote es el de ser mediador entre Dios y el pueblo, en cuanto por un lado entrega las cosas divinas, de donde le viene el nombre de “sacerdote”, esto es “el que da las cosas sagradas”; (...) y, por otro, ofrece a Dios las oraciones del pueblo” (Sto. Tomás de Aquino, Summa Theologiae 3,22,1).

Tu vocación es un don para la Iglesia y para el mundo pues por la gracia recibida haces presente a Cristo Buen Pastor, el misterio del Dios con nosotros que conduce y santifica

su rebaño a través de los sacramentos que Dios te confía y que el pueblo necesita que celebres. Pero es indispensable, como recomienda Benedicto XVI, conocer nuestras limitaciones. No somos superhombres, estamos hechos de la misma pasta que los demás y, por ello, hay que ser humildes y luchar cada día para responder fielmente a esta llamada sabiendo que estamos envueltos en debilidades y limitaciones que deben ser transformadas en afán apostólico y santificador desde el cuidado de nuestras obligaciones ministeriales. Busca, querido hermano, el Reino de Dios y su justicia que lo demás vendrá por añadidura. Cuida tu vida interior y tu trato con Dios porque nadie da lo que no tiene, aunque tú has recibido el orden sacerdotal que opera por sí mismo, ahora sí, procura con tu vida santa que esta gracia recibida dé el fruto de eternidad que Dios espera y te confía como amigo íntimo y compañero de fatigas.

De tu vida de intimidad con Dios, de tu oración personal cada día, de tu trabajo sacerdotal que es el rezo devoto de la Liturgia de las Horas en que, con toda la Iglesia, continúas la oración del mismo Jesús, de la lectura espiritual y el rezo del Santo Rosario, de tu examen diario de conciencia que te ayuda a calcular, *desde la filiación divina*, lo que hay que rectificar, lo que hay que mejorar y las virtudes y acontecimientos que hay que agradecer y la ayuda que, de rodillas, has de implorar.

En definitiva: **de tu sincera y auténtica amistad con Jesucristo, Buen Pastor**, al que haces presente pues eres *“alter Christus, ipse Christus”*, “otro Cristo, el mismo Cristo”, que actúa en la Persona de Cristo y en Nombre de la Iglesia, **nacerá la caridad pastoral**, la entrega en ofrenda de amor que responde a la exhortación del Maestro que te envía para que vayas y des fruto en abundancia por todos los caminos de la tierra y este fruto permanezca. Tu vida interior se convertirá, irremediabilmente, en una fuente de vida apostólica y misionera. Tu pequeña existencia se configurará con la Vida del Dios que se hizo Hombre para que el hombre, como afirman los Santos Padres, participara de la vida divina.

Una vida de oración *constante* y- ¡esto es muy importante!- *ordenada, firme* en el tiempo fijado para Dios, que sabe ponerlo como lo primero y que no se deja seducir por el activismo desenfrenado que busca la propia vanidad y honra para quedar bien ante el mundo, robando a Dios esa gloria, o que cae en la pereza oculta de moverse mucho pero no hacer nada o hacer sólo lo que me gusta y agrada.

El mismo Papa, Benedicto XVI, nos invita a vivir el ministerio pastoral según los sentimientos del Corazón de Cristo y a no dejarnos llevar por nuestros volubles cambios de carácter y sentimientos faltos de objetividad, prudencia e inteligente caridad:

“No es el poder lo que redime, sino el amor. Éste es el distintivo de Dios: Él mismo es amor. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres. Una de las características fundamentales del pastor- continúa el Papa- debe ser amar a los hombres que le han sido confiados, tal como ama Cristo, a cuyo servicio está. “Apacienta mis ovejas”, dice Cristo a Pedro, y también a mí, en este momento. Apacentar quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir. Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia, que él nos da en el Santísimo Sacramento”.

Cristo es el único sacerdote, Cristo es el único salvador, Cristo es el que los hombres necesitan y buscan. No te necesitan a ti, querido amigo, no te buscan por lo que tienes, acuden a ti porque haces presente a Cristo y eres el mismo Cristo, único mediador entre Dios y los hombres, cuando celebras los sacramentos, cuando predicas su Palabra, cuando derrochas su misericordia en el confesionario, cuando te entregas en el pastoreo del pueblo cumpliendo fielmente tu encargo de apacentar, predicar y santificar a los que

se te han encomendado. Es Cristo el que ejerce, querido amigo, a través tuyo su sacerdocio.

Como sacerdotes somos el mismo Cristo en las acciones sacramentales y debemos ser muy dóciles a las directrices y consejos de nuestra madre la Iglesia. **No quieras ser original y dejes a Cristo a un lado para aparecer tu ego y tu persona.** Que sea Jesús el que trasparentes y luzcas. Nuestra humilde misión es la de dejarle nuestros labios, nuestras manos, nuestros pies, nuestra cabeza y nuestro corazón para que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

No hay vocación sin oración. No podemos perseverar sin escuchar la voz del Maestro. La oración nos ayuda a vivir en la humildad de saber quién es Dios y quién soy yo. La oración, siempre basada en la Palabra de Dios, nos ilumina para avanzar en nuestro camino de santidad, junto con la confesión frecuente y la dirección espiritual, pues sólo es buen confesor y eficaz director de almas el que dócil y confiadamente se sumerge bajo la acción del Espíritu Santo a través de estos dos medios que nos forjan en una vida de santidad y progreso.

“La oración –nos aconsejó el Santo Padre en una Audiencia General de julio de 2009- es el primer compromiso, el verdadero camino de santificación de los sacerdotes y el alma de la auténtica "pastoral vocacional". El escaso número de ordenaciones sacerdotales en algunos países no sólo no debe desanimar, sino que debe impulsar a multiplicar los espacios de silencio y de escucha de la Palabra, a cuidar mejor la dirección espiritual y el sacramento de la Confesión, para que muchos jóvenes puedan escuchar y seguir con prontitud la voz de Dios, que siempre sigue llamando y confirmando. Quien ora no tiene miedo; quien ora nunca está solo; quien ora se salva.”

Al tomar sobre tus débiles manos el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que, tras el milagro de la Consagración, ha dejado de ser simple alimento humano para hacerse Pan del Cielo, llorarás de alegría y agradecimiento, querido hermano José Antonio. Y, como la Eucaristía es el sacrificio de Cristo en la Cruz, a los pies del Altar, junto a ti, está la Santísima Virgen María, Madre de los Sacerdotes, que en el Valle de lágrimas de nuestra pequeñez fructifica como *Oliva* que lleva en brazos al Niño-Dios que nos unge con el óleo de la salvación que da paz y alegría, con la Gracia que sana y cura nuestras heridas para amar con su mismo Corazón.

María va inseparablemente unida a este gran regalo que Dios te ha hecho porque te quiere desde siempre y para siempre. Con Ella es más fácil responder, cada día, desde el ministerio sacerdotal, a la llamada a la santidad. Con María ponte en las manos de Dios como Dios se pondrá, cada día, en las tuyas para ser Eucaristía y dar la Vida al mundo. Tienes toda la vida y toda la eternidad para gozarte y agradecer este designio de amor y salvación que un día brotó del Corazón traspasado de Cristo por la lanza de Longinos, una vez que entregó su Espíritu, y, en ese último aliento de Cristo en la Cruz, en su santa expiración, entonces, en ese mismo instante, pronunció tu nombre: “**José Antonio**”. Y añadió: “**José Antonio-sacerdote**”.

¡Qué alegría! ¡Qué gran regalo nos ha hecho Dios! ¡José Antonio, sacerdote, para la eternidad!

Gregorio Sillero Fernández, pbro.